

Pastoralia

Setembro de 2003

Semblanza

Semblanza de un Amigo Ausente

Plutarco Bonilla A.

Plutarco Bonilla A.
Semblanza
y Semblanza de un Amigo Ausente
Artículos publicados en el 2º semestre de 1991
Revista Pastoralia nº 27 – Año 13 – Páginas 87 a 96



IM
MEMORIAM

J. RUBÉN LORES Z.

SEMBLANZA

Plutarco Bonilla A.

Marzo de 1954

Tánger: ciudad exótica (para nosotros los occidentales) que fue lugar de encuentro – pero que, quizás, nunca fue crisol – de opuestas culturas, urbe internacional por obra y gracia de acuerdos tomados en 1906. Es hoy parte de Marruecos; antaño fue capital de la provincia romana de Mauritania Tingitana.

En esa fecha y en ese lugar (en esas “coordenadas espacio-temporales”, para decirlo con pedantería) conocía Rubén Lores Zucarino. Hace ya algo más de tres décadas. ¡Para allá vamos...!

¿Motivo de nuestro encuentro? El proyecto – que quedó frustrado por unos años – de crear en aquella ciudad un instituto bíblico donde yo iba a estudiar. Ese proyecto no había podido realizarse en la España peninsular porque el gobierno de Su Excelencia el Generalísimo Francisco Franco le había enviado a Rubén Lores una amable tarjeta en la que se le comunicaba que estaba “cordialmente invitado a salir del territorio nacional”.

Frustración de proyectos y frustración de espíritus: en ese contexto comenzó a fraguarse mi amistad con Rubén, a quién he querido – aunque a él no le gusta que lo exprese con estos términos – como a un segundo padre. (¡No me he puesto a calcular si la cronología lo habría permitido!)

Pero la frustración no nos sumió en la inacción. Por ocho meses conviví con la familia Lores, y al cabo de ellos, por casi un mes más, quedé como guardián de su casa mientras llegaba a Tánger, desde las Canarias, quien la había de habitar en forma algo más permanente.

Esos ocho meses marcaron una época de mi vida. Joven e inexperto, me enfrentaba a realidades nuevas para mí. Allí y durante ese período, colaboré en la limpieza de los terrenos donde, supuestamente, se erigirían los edificios del instituto; participé en diversas actividades de la iglesia que pastoreaba Rubén (¡hasta canté en el coro...! “Aunque usted no lo crea”); me inicié en cuestiones de imprenta; trabajé en un estudio de grabación para transcripción de programas evangélicos de radio; y, de manera muy particular – cuando la creación del referido instituto ya se había postergado definitivamente – empecé a tomar clases de Biblia, en forma regular, en un curso *sui generis*: Rubén era el profesor; yo, su único estudiante. (Todavía conservo en mis archivos – en cuadernos de papel cuadriculado que había guardado de los tiempos cuando, años hacía, me había iniciado en los intrínquilis de la contabilidad – todavía conservo, repito, las notas de los estudios que con Rubén realicé, sobre la Primera Epístola a los Corintios. (¡No sé el valor actual de dichas notas..., aparte del sentimental, pues no las he repasado en años! No en vano han pasado éstos...).

En esas experiencias fueron afianzándose mi amor y afición por los estudios bíblicos. En ellas fueron también acrisolándose mi admiración, respeto y cariño por el propio Rubén, a quien no solo yo sino tantos otros considerábamos como maestro, líder, pastor y amigo. Eso sí: sin idealizarlo. En él admiré siempre su excelente capacidad como

predicador y expositor del texto bíblico, su amor al estudio, su trabajo sin regateos y, muy particularmente, su creatividad (expresada muchísimas veces en imaginativos juegos de palabras, no exentos, como diría él mismo, de “malicia indígena”).

A fines de 1954, nuestros caminos tomaron rumbos diferentes: él y su familia se trasladaron a los E.U.A., donde, en Nueva York, él fue pastor de una iglesia en la que años después, cuando él ya no estaba allí, yo habría de tener la oportunidad de predicar. Trabajó también con las Sociedades Bíblicas. Por mi parte, después de una relativamente corta estada en Las Palmas de Gran Canaria, luchando con la burocracia española y tratando de “encontrarle la comba al palo” – para decirlo con una expresión muy de estas tierras – me embarqué hacia Costa Rica y me matriculé, exactamente el día cuando terminaban los exámenes finales del primer trimestre, en el Seminario Bíblico Latinoamericano.

Dios tenía, no obstante esta diferencia de rumbos, planes que ni siquiera podíamos imaginar. Rubén entró en contacto con la institución que había sido la creadora y sustentadora de este Seminario, – la Misión Latinoamericana – , participó en actividades de Evangelismo a Fondo y terminó como pastor del Templo Bíblico, cuando el veterano Rodolfo Cruz Aceituno se retiraba de esos menesteres.

La carrera ascendente de Rubén lo llevó hasta ser nombrado Director Asociado de la misma Misión Latinoamericana, y, desde esa posición, fue llamado a ocupar el más alto cargo en el Seminario Bíblico: la rectoría. Me tocó el doble privilegio de ser el propulsor de la nominación de D. Rubén para ese puesto (y tener que negociar para ello con los dirigentes de la Misión Latinoamericana), y de darle la bienvenida, en mi calidad de Rector “saliente”, como sucesor mío.

Como no se trata de escribir una biografía – para lo cual ni soy la persona más indicada ni estoy capacitado – , termino estas palabras de homenaje al pastor, profesor, colega, rector y amigo (sobretudo, amigo) – ya que todo eso ha sido él para mí en algún momento de mi vida – , señalando que he apreciado en lo que vale la amistad de Rubén; le apoyé siempre, tanto cuando fue mi rector como cuando, siéndolo yo por segunda vez, se empeñó en hacernos creer que el **Prodiadis** era un proyecto que valía la pena; traté de estar a su lado en momentos difíciles y de tragos amargos; le he brindado sin egoísmos mi mano de amigo, y nunca me molestaron sus existenciales paradojas kierkegaardianas. (¡Ah, por cierto! En 1967 me tocó ser parte del tribunal de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica que examinó al candidato Rubén Lores Zucarino cuando este optó por el grado de Licenciado en Filosofía. Por supuesto..., no me vengué.)

Rubén, un cálido y fraternal abrazo de amigo.

SEMBLANZA DE UN AMIGO AUSENTE

Plutarco Bonilla A.

Cuando lo conocí, para sus amigos y los miembros de la iglesia que él pastoreaba en Tánger, Norte de África, Rubén Lores no era Rubén. Todos le llamábamos Ruben (así, con el acento prosódico en la “u”). Ese fue el nombre por el que lo traté por bastante tiempo, y todavía, cuando esporádicamente me he encontrado con algunos de los viejos conocidos, siempre me han preguntado por “Ruben”.

Desde aquellos primeros momentos – hace ya más de siete lustros – se estableció entre nosotros una muy especial relación que, desde mi parte, siempre tuvo tres ingredientes indispensables: una inmensa admiración por su persona y por su ministerio, un profundo respeto y un cariño entrañable; cariño, respeto y admiración que nunca menguaron, sino que fueron acrecentándose conforme nuestra amistad se hacía con el tiempo – y como el vino – más auténtica y genuina.

Como ya en otra ocasión, con motivo del merecidísimo homenaje que el Seminario Bíblico Latinoamericano le rindió a Rubén Lores, hice referencia a algunas facetas biográficas que tenían que ver con mi relación con Rubén, séame permitido en esta ocasión hacer memoria de otros aspectos, no registrados entonces, que ayudan a comprender mejor, y en perspectiva más completa, tanto la admiración y el respeto a los que me he referido como la personalidad y el ministerio de Rubén. Perdóneseme, pues, que también haga mención, en algunas ocasiones, de aspectos que me conciernen a mí mismo.

1. La letra impresa

Quienes me conocen saben que soy admirador de las letras y que, mal que bien, gusto de escribir. Ahora mismo tengo el privilegio de ser parte de la dirección o del consejo de redacción de cinco diferentes revistas. Menciono este hecho, en una ocasión que pareciera tan poco propicia, no para que ustedes se enteren (a fin de cuentas no es tan grande mérito), sino porque hace unos días me preguntaba a mí mismo cómo y cuándo me inicié en el gusto por la escritura.

Recuerdo muy claramente cuando comencé mi biblioteca personal, y las peripecias por las que pasábamos para importar, en la España franquista, libros protestantes. Recuerdos tengo de mis primeras lecturas – al margen de las tareas de la escuela o del colegio – , de obras religiosas o de la literatura universal y, sobre todo, española. Sin embargo, en aquellos días no me entusiasmaba escribir, ni me habría pasado por la imaginación hacerlo para publicarlo.

Fue en la época de mi residencia en Tánger – en casa de la familia Lores, y entre mayo y diciembre de 1954 – cuando me aventuré a escribir para que otros leyeran. Se trataba de un primer y muy tímido intento. Resulta que había, en la iglesia que Rubén pastoreaba, un joven que tenía muchas habilidades para el dibujo con plumilla y tinta china. Un día, conversando él y yo, se nos ocurrió la peregrina idea de crear un periodiquillo mural (uso el hipocorístico sin tono despectivo y sí con mucho valor afectivo).

Y lo hicimos. El dibujaba y yo escribía. Todavía conservo en mis archivos algunas páginas de ese periódico. No recuerdo siquiera cuántas veces lo sacamos. Ahora – treinta y ocho años después – sí recuerdo aquel esfuerzo. Y recuerdo también que Rubén, nuestro pastor, en todo momento nos apoyó y nos dio aliento aunque se trataba de algo tan elemental y sencillo, realizado por jóvenes inexpertos que tenían todavía mucho que aprender.

Así que aquellos que hayan podido sentirse incómodos por algunas de las cosas que a lo largo de los últimos años he escrito, pueden echarle la culpa a Rubén, por no haberme parado a tiempo. De todos modos, pienso que a él no le preocuparía, porque algunas de las cosas que él mismo escribió también molestaron a otros...

Desde sus tiempos de Cuba, Rubén tenía una idea en mente que casi era una obsesión: creía de todo corazón en el valor de la letra impresa y, dondequiera que iba, trataba de establecer una imprenta o vincularse con alguna editorial. Tánger no fue ninguna excepción. Ni lo fue San José. No siempre fueron exitosos sus esfuerzos; pero no por eso se desanimaba. El sello SEBILA fue, en buena medida, creación suya. Me tocó recibir también la influencia de Rubén en estos aspectos, pues trabajé por un tiempo en la imprenta de tipos movibles que había instalado en Tánger. Y lo apoyé, cuando ambos estuvimos en el Seminario Bíblico Latinoamericano, en sus esfuerzos por hacer más eficaz y expedito el proceso de publicaciones de la institución.

Todo lo anterior revela que Rubén estuvo vinculado “desde siempre”, a la palabra impresa. Pero no solo como facilitador de la publicación de lo que otros hubieran escrito, ya que él mismo se embarcó en la tarea de escritor, y dio a la luz estudios diversos que se caracterizaron por su enjundia y por ser, en muchos casos, como el tábano socrático, que arañaba la conciencia dormida de muchos de nosotros.

2. El predicador

Antes de llegar yo a Tánger, mientras vivía en el terruño amado, las sin par Islas Afortunadas, ya había tenido el privilegio de escuchar a predicadores procedentes de diversas latitudes. Sin embargo, puedo decir, con toda sinceridad, que Rubén Lores fue el primer predicador que escuché que era, simultáneamente., un gran orador.

De verbo fácil y ardiente, profundo conocedor de las Sagradas Escrituras, pensador serio, de mente analítica y creativa, amante del buen decir, aficionado al significativo y, a veces, sonoro juego de palabras, cultivador del buen humor, Rubén podía mantener cautivo a su auditorio, porque sabía revestir su mensaje con una retórica apropiada y atractiva.

En las dos ocasiones en que lo conocí directamente como pastor – en Tánger y en San José – , oí con frecuencia comentarios elogiosos acerca del predicador que era Rubén. Esos comentarios tenían que ver no solo con la calidad oratoria de los sermones sino también, y sobre todo, con el maestro que había en el predicador. Era en realidad deleitoso escucharlo, tanto porque agradaba al oído como porque llegaba al corazón y hacía de acicate del entendimiento.

3. El camino del pensamiento

La razón de lo anterior radica en que Rubén nunca se sintió como que había llegado a la meta. No importaba si ejercía el pastorado, si ocupaba las funciones de profesor, si era evangelista o rector de una institución de educación teológica superior, Rubén estaba convencido de que lo aprendido no era suficiente y que había que aprender más. Y aprendía más; y estimulaba a los que estaban a su alrededor para que aprendieran más.

Creo que, en cierto sentido, fui testigo privilegiado del desarrollo teológico de Rubén. Lo conocí cuando era misionero apoyado por grupos fundamentalistas o casi fundamentalistas de los Estados Unidos. Y seguí el itinerario de su pensamiento, como pastor del Templo Bíblico de esta ciudad, como estudiante de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, como estrategia misionero en la Misión Latinoamericana, como Rector del Seminario Bíblico Latinoamericano. Sentí siempre una enorme simpatía por la evolución de su pensamiento, porque a mí me tocó recorrer un camino muy parecido. Y sé algo del precio que hay que pagar.

En ese proceso, Rubén trató de mantenerse al día en el desarrollo de las ideas, especialmente de las que tenían que ver con el campo en que él estaba ejerciendo su ministerio. Como pastor, le interesaban los temas bíblicos. A pesar de las limitaciones de su primera formación, su mente inquisitiva y abierta le hicieron contemplar nuevos horizontes, y su corazón indomable le dio el coraje para transitar por nuevas sendas. Para mí se hizo esto patente cuando, siendo él pastor del Templo Bíblico, le escuché la más hermosa y profunda exposición que jamás he escuchado, sobre el capítulo 1 de la Epístola de Santiago, y en particular sobre la frase “el Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación”. Y de esto hace ya muchos, muchos años.

Sus inquietudes e insatisfacciones intelectuales le llevaron a matricularse – cuando ya no era muy joven – en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Me tocó el privilegio de ser miembro del tribunal que lo examinó, para optar al grado de licenciado en filosofía. De esa experiencia tengo muchos recuerdos. Tres de ellos quiero mencionar. Cuando deliberaba el tribunal, el recordado maestro Teodoro Olarte destacó, a modo de alabanza, lo bien escrita que estaba la tesis. Además, la defensa fue muy habilidosa y brillante.

El tercer recuerdo – que en nuestra familia atesoraremos siempre con mucho cariño – es que el agasajo al ahora Lic. Rubén Lores Zucarino, realizado la misma noche de su examen, se celebró en mi propia casa. ¡Me sentía tan orgulloso como el propio Rubén!

Y luego, en otro acto que también nos une, Rubén se hizo “princetoniano”. En efecto, con un insaciable deseo de seguir aprendiendo, se fue a estudiar al Seminario Teológico de Princeton (de donde me había graduado en 1962), y allí obtuvo una maestría en teología.

Dejamos para otra ocasión – o para que emprenda la tarea quien esté más capacitado para ello – , la reflexión crítica sobre los contenidos de pensamiento de este itinerario. Añadiré solo que, no creo que ese desarrollo se realizara por abruptas rupturas

(que en algunos momentos las hubo), sino por asimilación y superación de etapas. Veo así también lo que concierne a lo que podríamos llamar su desarrollo espiritual.

Valga concluir esta parte diciendo que, en este como en otros aspectos de su vida, se hizo realidad aquello de que el Señor hace nuevas todas las cosas. Rubén conservó esa frescura de la renovación hasta el final.

4. El pastor

Otro aspecto, para mí sobresaliente, fue su estilo de relacionarse con las demás personas. El pastor que él era, no lo era, en primer lugar, por profesión, en el sentido de haber ejercido efectivamente cargos pastorales en diversas etapas de su vida y en ciudades tan diversas como Tánger, Nueva York y San José. No. Rubén fue pastor por vocación, lo que significaba que, fuera pastor de una iglesia local o no, su espíritu de pastor se hacía siempre presente. En el ejercicio de esa vocación, puso en práctica sus principios de respeto a la persona, de sacrificio cuando el sacrificio se requería, de reconciliación. Y siempre en un marco de integridad.

Aunque tenía un buen olfato para meterse en negocios de construcción – he perdido la cuenta de cuántas casas construyó y vendió – , Rubén fue también desprendido. Me consta personalmente; y en estos mismos últimos días de su presencia entre nosotros, he escuchado un testimonio de otro colega en el mismo sentido. Es que le interesaba la persona y estaba dispuesto a ayudar cuando le era posible.

Fue, como pastor y como cristiano, una persona de arraigadas y manifiestas convicciones. Esas convicciones no lo llevaron a ser un fósil del pensamiento o de la acción pastoral, pues nunca confundió la convicción con el fanatismo o con estar enfermizamente obsesionada con una idea. Recuerdo una acalorada discusión que sostuvo con un compatriota suyo radicado en Miami, durante el primer Congreso Latinoamericano de Evangelización (el CLADE I, celebrado en lo que hoy es Santafé de Bogotá, a fines de 1969). Rubén terminó la discusión – frente al fanatismo del otro – diciendo con voz fuerte y enfática: “Lo que pasa conmigo es que yo tengo muchas convicciones”.

5. Su genio

Muchas cosas más podrían decirse de Rubén en esta hora de dolor, que es también hora de recuerdo gozoso y de celebración. Quisiera añadir solo lo siguiente:

No fue casualidad que Rubén escribiera su tesis de licenciatura sobre Soren Kierkegaard. Como el teólogo danés, Rubén poseía una mente privilegiada. Como él, era sagaz, astuto. Su perspicacia le permitía percatarse rápidamente de las dimensiones de un problema o de cualquier planteamiento, y de sus implicaciones. Con igual rapidez percibía las debilidades de los argumentos de sus interlocutores.

Además, en las discusiones – de manera particular, con sus amigos y colegas – era implacable. Era un maestro en el uso de la ironía, y, no muy infrecuentemente, también era sarcástico. Sabía replicar volviendo contra uno los propios argumentos, a veces, con los juegos de palabras a los que antes aludimos. Por eso, a más de uno los sacaba de sus casillas. Pero, a diferencia de Kierkegaard, y junto a lo dicho, utilizando con mucha frecuencia las mismas artes, Rubén poseía un también privilegiado sentido del humor. Nunca lo perdió, sino que lo mantuvo intacto hasta el fin, mientras sus fuerzas lo

sostuvieron. Ese sentido del humor hacía que su sarcasmo y su ironía se diluyeran, a fin de cuentas, sin dejar efectos nocivos en las relaciones personales. Es que ambos – ironía y sarcasmo – iban dirigidos contra las ideas, no contra las personas. Y cuando estas resultaban afectadas, era para hacerles ver – o hacernos ver, ya que también fui víctima – la incongruencia de nuestras posiciones o lo insostenible de nuestras propuestas.

6. El final... y un nuevo comienzo

Dije antes que Rubén nunca se sintió como si ya hubiera llegado a la meta. Ahora afirmamos que ya ha llegado. Quiero terminar con dos textos bíblicos. Los cito según la versión conocida como “versión popular”. El primero dice así, en adaptación temporal: “Ya se acercó la hora de tu muerte. Has peleado la buena batalla, has llegado al término de la carrera, te has mantenido fiel. Ahora te espera la corona merecida que el Señor, el Juez justo, te dará en aquel día. Y no te la dará solamente a ti, sino también a todos los que con amor esperan su venida gloriosa” (2 Ti 4.6b-8). Sabemos que este era uno de los textos preferidos de Rubén.

Y el segundo es una afirmación del salmista: “Mucho le cuesta al Señor ver morir a los que lo aman” (Sal 116.15).

Señor, ¡cómo nos ha costado ver morir a Rubén, a quien amamos!

¡Gracias por habérselo dado!

8 de marzo de 1992
Primer domingo de Cuaresma
(Día del fallecimiento de Rubén Lores Zucarino)